

Amado hijito:

Que la paz de Cristo habite siempre en tu corazón y que el Espíritu Santo ilumine cada uno de tus pasos.

Quiero escribirte acerca de uno de los mayores dones que el Señor ha dejado a su Iglesia: el Santo Misterio de la Confesión. Muchos lo contemplan con temor; otros lo postergan por vergüenza; algunos incluso llegan a pensar que pueden vivir sin él. Sin embargo, para quien desea caminar hacia la santidad, la confesión no es una carga, sino una fuente inagotable de vida.

Nuestro Señor Jesucristo, después de su gloriosa Resurrección sopló sobre sus santos Apóstoles y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retengáis, les serán retenidos» (Jn 20:22-23). Con estas palabras instituyó este santo misterio, para que ningún pecador tuviera que permanecer cautivo de sus faltas sino que pudiera volver una y otra vez a la casa del Padre.

No pienses nunca que vienes a confesarte para satisfacer una obligación. Vienes porque estás enfermo y buscas al Médico celestial. El sacerdote no es un juez que espera condenarte, es un simple testigo de tu arrepentimiento y un servidor de la misericordia de Cristo. Es el Señor quien escucha tu confesión; es Él quien perdona; es Él quien limpia el alma de toda mancha.

La vergüenza que sientes antes de confesarte es una batalla que todos hemos conocido. El enemigo procura convencerte de que calles precisamente aquello que más necesita ser sanado. Recuerda que la vergüenza experimentada por unos pocos minutos delante del confesor libra al alma de la vergüenza eterna ante el tribunal de Cristo. Lo que hoy revelas con lágrimas será borrado por la gracia divina.

No ocultes nada deliberadamente. Una confesión incompleta es como una herida que se cubre por fuera mientras continúa infectándose por dentro. Dios conoce ya todos tus pecados. No espera información; espera humildad.

Diócesis de Santiago y todo Chile
Iglesia Católica Ortodoxa Madre de Dios de Pochaev-Skete San Basilio

Cuando abres sinceramente tu corazón permites que la gracia penetre allí donde el orgullo había levantado sus murallas.

No conviertas la confesión en una simple enumeración de faltas. Examina también las raíces de tus pecados, el orgullo que alimenta la ira, la vanagloria que busca el reconocimiento, el amor propio que se resiste a la voluntad de Dios, la tibieza que enfría la oración y la negligencia que permite crecer a las pasiones. El verdadero arrepentimiento no consiste únicamente en decir: "He pecado", sino en desear con toda el alma comenzar una vida nueva.

Acércate a este misterio con preparación. Ora antes de confesarte. Examina tu conciencia a la luz de los santos mandamientos, de las Bienaventuranzas y del Evangelio. No te compares con otros hombres; compárate con Cristo. Sólo entonces descubrirás cuánto necesitas de su misericordia y cuán inmenso es su amor.

Cuando recibas la absolución, cree verdaderamente que el Señor ha perdonado aquello que has confesado con arrepentimiento sincero. No vuelvas una y otra vez a desconfiar de la misericordia divina. La memoria de nuestros pecados puede permanecer para hacernos humildes, pero la culpa ha sido destruida por la gracia del Señor. Agradece, levántate y continúa el combate con esperanza renovada.

No dejes pasar largos períodos sin confesarte. Así como el polvo se acumula diariamente en una casa, también el alma necesita ser limpiada con frecuencia. Quien espera demasiado corre el riesgo de acostumbrarse a sus caídas y de perder la sensibilidad espiritual. Una conciencia limpia es un tesoro que debe conservarse con vigilancia.

Recuerda también que la confesión no termina cuando sales del templo. Comienza entonces una nueva responsabilidad, la de custodiar la gracia recibida. Evita las ocasiones de pecado, persevera en la oración, guarda tu lengua, domina tus pensamientos, practica la misericordia y fortalece tu alma con la lectura de las divinas Escrituras y de los Santos Padres. El arrepentimiento verdadero se manifiesta en una vida transformada.

Diócesis de Santiago y todo Chile
Iglesia Católica Ortodoxa Madre de Dios de Pochaev-Skete San Basilio

No te desalientes si vuelves a caer en las mismas debilidades. El Señor conoce la fragilidad humana. Lo que Él espera de nosotros no es una perfección instantánea, sino un corazón que nunca renuncie al arrepentimiento. Cada confesión hecha con sinceridad debilita el poder de las pasiones y fortalece el alma para el siguiente combate.

Hijo mío, procura amar este santo misterio. No lo mires como un tribunal, sino como el abrazo del Padre misericordioso. Cada vez que te arrodillas para confesar tus pecados, el cielo entero se alegra porque un alma ha decidido volver a Dios.

Ruego para que jamás permitas que el orgullo, la vergüenza o la pereza te aparten de esta fuente de gracia. Que siempre encuentres en la confesión lágrimas de arrepentimiento, paz para la conciencia y la fuerza necesaria para perseverar hasta el fin.

Que la Santísima Madre de Dios interceda por ti, que tu santo Ángel Custodio te guarde de todo mal y que Cristo, el Buen Pastor, conduzca tu alma por el camino de la salvación.

Con mi bendición y mis oraciones constantes,

† Basilio

Arzobispo de Santiago y todo Chile